

# CULTURA Y UNIVERSIDAD

por RAUL BERTELSEN REPETTO\*

El discurso de S.S. Juan Pablo II al mundo de la cultura y a los constructores de la sociedad, pronunciado en la mañana del 3 de abril en la Universidad Católica de Chile, encierra un mensaje rico en contenido doctrinal que ilumina y alienta. Son, ciertamente, palabras que exigen una lectura continua y meditada para ir extrayendo de ellas las enseñanzas del Santo Padre. En esta oportunidad, nos limitaremos a comentar brevemente algunos pasajes relativos a la cultura y a la universidad y a relacionarlos con otros textos del magisterio pontificio.

## 1. CONCEPTO Y PROYECCIONES DE LA CULTURA

“La cultura de un pueblo —en palabras del documento de Puebla de los Angeles— es el modo particular como los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios (*Gaudium et spes*, 53 b) de modo que puedan llegar a un ‘nivel verdadera y plenamente humano’ (*ib.*, 53 a) (Puebla, 386)”.

“La cultura es, por tanto, ‘el estilo de vida común’ (*Gaudium et spes*, 53 c) que caracteriza a un pueblo y que comprende la totalidad de su vida: ‘el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan...’, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir,

\*RAUL BERTELSEN REPETTO: Abogado; Profesor de Derecho Político en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile; ex Rector de la Universidad Católica de Valparaíso (1983-1985); Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.

las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social” (Puebla, 387). En una palabra, “*la cultura es, pues, la vida de un pueblo*” (n. 2).

Este modo o estilo de vida particular de un pueblo que caracteriza la relación de quienes lo componen con la naturaleza, entre sí y con Dios, se proyecta a través de formas peculiares de expresión en todas las esferas de convivencia. La cultura de un pueblo tiene rasgos típicos o peculiares que pueden detectarse y analizarse y ésta es una de las tareas que, conforme al pensamiento de Juan Pablo II, deben realizar los hombres del mundo de las letras, de las ciencias y de las artes. Pero bajo estas formas de expresión común que pueden ser lingüísticas, costumbres o instituciones sociales, yacen valores que animan o desvalores que debilitan a un pueblo. Aquí está “lo esencial de toda cultura, es decir, ‘la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios’; lo cual conduce, a que ‘la religión o la irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura –familiar, económico, político, artístico, etc.– en cuanto los libera hacia un último sentido trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente’ (Puebla, n. 389)” (n. 3).

Esta dimensión religiosa de toda cultura explica que pueda hablarse de una evangelización de la cultura, pues toda ella, valores, modos de pensar, formas de actuar y de comportarse, puede o no estar impregnada, o estarlo en cierto grado o más en algunos aspectos que en otros, con la fuerza del Evangelio. Asimismo, esta dimensión religiosa de la cultura explica la raíz profunda de muchos quiebres, conflictos y problemas políticos y lo difícil que es superarlos, ya que tras ciertas diferencias subyace, en ocasiones, toda su concepción de la vida y del hombre.

## 2. RESPONSABILIDADES DEL HOMBRE DE CULTURA

*“Sois vosotros, hombres del mundo de las letras, de las ciencias y de las artes, quienes, además de participar intensa-*

*mente de esta vida, estáis en condiciones de detectar y analizar los rasgos característicos de la cultura de vuestro pueblo. Sois vosotros los que descubriste y, en cierta medida, podéis iluminar la trayectoria del devenir cultural, sugiriendo, a veces, nuevos derroteros”* (n. 2).

### *Participar*

El hombre de cultura, si es fiel a su vocación, está llamado precisamente a trabajar en el campo que le es propio. Esa labor, hecha cara a Dios, le permitirá unirse más a El y, también, llevar a los hombres a Dios. Las omisiones, o el actuar a desgana, o bien ocasionalmente, sin una disciplina de trabajo, no es lo que el Papa espera de literatos, científicos y artistas; *“participar intensamente”* es lo que pide.

### *Detectar y analizar*

En otro pasaje de su discurso, Juan Pablo II volvió sobre esta tarea de los hombres de cultura que deben contribuir a una toma de conciencia de la propia identidad cultural por parte del pueblo. *“La Iglesia –señaló– desde su propio ámbito os alienta a profundizar en las raíces de la cultura chilena”* (n. 5). Ello exige buscar en la propia sociedad su identidad: *“En el pueblo, que conserva de manera notable la memoria del pasado y está expuesto en forma directa a las transformaciones del presente, vosotros podréis encontrar las raíces de aquellas peculiaridades que hacen de la vuestra una cultura que tiene ciertos rasgos comunes con las de otras naciones del mundo latinoamericano, una cultura chilena, cristiana y católica, una cultura noble y original”* (n. 5).

La valoración de los modos propios de expresión en que consiste la cultura aparece también en otros discursos pronunciados por el Santo Padre en tierra chilena. Tal ocurre en el discurso de Temuco a los campesinos y al pueblo mapuche: *“El Papa, hoy desde Temuco, alienta a los mapuches a que conserven con sano*

*orgullo la cultura de su pueblo: las tradiciones y costumbres, el idioma y los valores propios*" (n. 2). E igualmente en otro discurso de la tarde de ese mismo domingo 5 de abril, el que dijera en La Serena, ocasión en que trató en forma detenida el tema de la religiosidad popular. Del mismo modo, entre otros pasajes, puede citarse el siguiente: *"Sí, la piedad popular es un verdadero tesoro del Pueblo de Dios. Es una demostración continua de la presencia activa del Espíritu Santo en la Iglesia (...). Es el mismo Espíritu el que ennoblece tantas y tan variadas formas de expresar el mensaje cristiano de acuerdo con la cultura y costumbres propias de cada lugar en todos los tiempos"* (n. 2).

### *Iluminar la trayectoria del devenir cultural*

El hombre de cultura está llamado, asimismo, a sugerir nuevos derroteros. Su papel no se agota en poner de manifiesto lo propio sino que debe buscar una mejora a lo existente. Dada la importancia que en toda cultura tienen los valores que le dan vida, no puede extrañar que el Papa recuerde algunas tareas que le parecen "particularmente urgentes" y que inciden en estos valores. De ellas, Juan Pablo II menciona, en primer lugar: *"un proceso de reflexión, que desemboque en una renovada difusión y defensa de los valores fundamentales del hombre en cuanto tal, en su relación con sus semejantes y con el medio físico en que vive. A este respecto —añade—, os aliento encarecidamente a que sepáis presentar en su justa imagen una cultura del ser y del actuar"*, primacía del "ser" y del "actuar" sobre el "tener", que está a su servicio, y que, en concreto, *"significa promover una cultura de la solidaridad que abarque la entera comunidad"* (n. 4).

Saber presentar una cultura, dice el Santo Padre, y uno piensa de inmediato si acaso no estará aquí una de las fallas más graves de literatos, artistas y científicos, de todos quienes en general participan en la vida cultural en una sociedad como la contemporánea, obsesionada con la comunicación, y en la cual, muchas veces, sus figuras principales son incapaces de dar a cono-

cer con rigor, con elocuencia, con belleza, su obra científica, literaria o artística. Al respecto, puede ser oportuno recordar cómo el Papa, en el discurso que pocos días más tarde pronunciara en el Teatro Colón de Buenos Aires a los hombres de cultura argentinos, proponía entre sus reflexiones: “*la comunicación de la misma cultura*”. Y luego añadía: “*todo lo que el hombre conoce y experimenta en su interioridad —sus pensamientos, sus inquietudes, sus proyectos—, puede transmitirlo a los demás en la medida en que consigue plasmarlo en gestos, símbolos, palabras*” (n. 2).

### 3. TRANSMISION DE LA CULTURA

“La cultura es una realidad inserta en el devenir histórico y social” (cf. *Gaudium et spes*, 53 c). “La sociedad la recibe, la modifica creativamente y la transmite sin pausa, a través del proceso de la tradición generacional” (cf. Puebla, n. 392). “*Los jóvenes son, por naturaleza, uno de los vehículos de transmisión y de transformación de la cultura*” (n. 6).

Pocas realidades, seguramente, muestran con mayor claridad su dimensión histórica que la cultura. “*La identidad cultural —había dicho poco antes Juan Pablo II en este mismo discurso en la Universidad Católica de Chile— supone tanto la preservación como la reformulación en el presente de un patrimonio pasado, que pueda así ser proyectado hacia el futuro y asimilado por las nuevas generaciones. De esta manera, se asegura, a la vez, la identidad y el progreso de un grupo social*” (n. 5).

#### *Un patrimonio pasado*

Los modos de expresarse con que cuenta un pueblo son, en gran medida, un legado de sus antepasados. Se trata de una riqueza laboriosa y pacientemente adquirida que puede, ciertamente, dilapidarse. Tal ocurre con las rupturas revolucionarias.

Sólo que la reconstrucción de un patrimonio cultural es más difícil y lenta que la de la riqueza material, pues no es, en caso alguno, resultado de una obra exitosa de pocos años. Si es arduo elaborar una cultura, también lo es conservarla. Hay un arte de conservar, que no se limita a mantener intacto lo recibido, sino que lo depura y acrecienta.

Pero, tratándose de una cultura, de un “estilo de vida común”, fundado en ciertos valores, su conservación exige la asimilación de estos principios y comportamientos por parte de las nuevas generaciones. De ahí la importancia de los procesos educativos y de las universidades: *“la opción preferencial por los jóvenes es garantía de futuro”*, recalca el Papa, y la presencia de ellos en la Universidad *“contribuye a hacer de ésta un centro ideal para la gestación de las renovaciones culturales que, en el transcurso del tiempo, fomenta el desarrollo de la persona humana en todas sus capacidades”* (n. 6).

Es cierto, sin embargo, que otras instituciones sociales y, sobre todo, la familia tienen una misión clave en la educación. Así lo habría recordado, por lo demás, Juan Pablo II en la homilía que, el día antes de hablar en la Universidad Católica de Chile, había pronunciado en la misa celebrada en el aeropuerto de Rodelillo en Valparaíso. La familia, *“escuela de humanidad”*; la familia, *“fundamento de la sociedad”*; la familia, *“vivero de la ciudad”*, fueron algunas de sus expresiones, tomadas de *Familiaris consortio*, de *Gaudium et spes* y de San Agustín en su *Ciudad de Dios*, a través de las cuales urgió a la familia chilena a cumplir su misión. Casi al final de su homilía, el Santo Padre insistió en la misión educativa de los padres en un aspecto que, a menudo, se pospone y que puede cobrar dimensiones insospechadas para la vida universitaria. *“Permitidme —dijo— que resalte todavía un punto básico de la vida familiar, que se refiere a la educación de los hijos para que sepan descubrir su propia vocación”* (n. 10).

¿Qué tiene que ver esto con la Universidad? Mucho, tal vez, porque a ésta llegan año tras año miles de jóvenes que, en buena

parte, buscan en la Universidad lo que ella no puede proporcionarles o una formación para la que no tienen aptitudes. Este fenómeno —esta desgracia sería más acertado decir— quizá se deba, en gran medida, a que los padres no educan a sus hijos para descubrir su propia vocación, para elegir su camino, y, por un afecto que enceguece acerca de sus cualidades o el deseo de proporcionarles un futuro mejor, les hacen concebir ilusiones que no corresponden a su realidad, los impulsan por una vía equivocada o, al menos, no les previenen acerca de una elección errada.

Desde una perspectiva religiosa, la vocación es el camino de la vida de una persona, entendida —con palabras del Papa en Rodellillo— *“como encargo o misión recibida de Dios para transformar la propia existencia en una donación a Dios y a los hermanos. El camino de cada uno es irrepetible. Nadie puede suplir a los demás en la misión que cada uno ha recibido de Dios”* (n. 10). Este camino, muchas veces, pasa a través de la Universidad, que en el pensamiento pontificio tiene logros propios que alcanzar.

#### 4. MISION DE LA UNIVERSIDAD

*“...Proseguir en la consecución de los objetivos propios de una Universidad Católica: calidad y competencia científica y profesional; investigación de la verdad al servicio de todos; formación de las personas en un clima de concepción integral del ser humano, con rigor científico, y con una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos”* (Discurso a los universitarios de México, 31 enero 1979); *“participación en la misión de la Iglesia en favor de la cultura”* (n. 7).

La tarea que corresponde a las Universidades Católicas, el Papa la califica de “institucional”. Va en su cumplimiento, entonces, la justificación misma de ellas que tienen una misión de servicio propia, intransferible, que cumplir. Una Universidad Católica que se aparta de sus cometidos específicos no realiza

la función que la Iglesia espera de sus miembros. Pero, aunque no represente una labor institucional, el trabajo que llevan a cabo los universitarios católicos en otros centros académicos, también debe guiarse por estos principios.

Los objetivos propios de una Universidad Católica, el Papa los ha recordado en forma reiterada en sus discursos leídos en instituciones académicas de todos los continentes. No es casualidad, por tanto, que al hacerlo una vez más en la Universidad Católica de Chile, el Papa se haya referido a su discurso a los universitarios de México, en el primero de sus viajes pastorales a América Latina. De estos objetivos nos interesa resaltar, en esta oportunidad, la función educativa de la Universidad y su participación en la misión que la Iglesia realiza en favor de la cultura.

#### *Formación de las personas*

El Papa, aunque no desarrollara el tema con detenimiento como en otros sitios, ha calificado esta formación con dos características que debe revestir: “rigor científico” y “visión cristiana”. En la función educativa de toda Universidad Católica, las señaladas han de ser sus notas distintivas. Juan Pablo II, antiguo universitario que se complace en recordar los años que vivió en la Universidad, es exigente al hablar de la formación científica. “Ciertamente —dijo en 1982 en Roma a los participantes en el Congreso sobre Pastoral Universitaria— la Universidad cumple su función pedagógica guiando al estudiante en la adquisición de un saber riguroso que le permita más tarde ejercer adecuadamente su profesión en la sociedad. Todo estudiante tiene derecho a pedir a la Universidad esta rigurosa y completa formación científica: toda forma de laxismo a este respecto, no sólo daña al joven, sino también y bastante gravemente a la sociedad”. Llamen la atención en estas palabras poco conocidas en Chile dos puntos: la concepción de esta formación científica rigurosa como un derecho que los estudiantes pueden exigir y los perjuicios que su ausencia causa a la sociedad. He aquí un punto de vista ético que ilumina la vida universitaria desde una perspectiva que no



siempre se tiene presente cuando se analiza la convivencia al interior de las universidades y sus conflictos, motivados tantas veces en causas ajenas a las mismas. Porque, cuando una huelga paraliza las actividades docentes de una facultad universitaria ¿se repara en que ella lesiona derechos de los alumnos para adquirir su formación científica?, ¿se tiene en cuenta el perjuicio que a la sociedad causan profesionales mal preparados y la inmoralidad que significa graduarlos?

La formación de los universitarios debe dirigirse, también, a proporcionarles *“una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos”*. A este tema, el Papa ha dedicado igualmente su atención en numerosos lugares. En Kinshasa, Zaire, en 1980, dirigiéndose a los universitarios en general, señaló: “más allá de los diferentes saberes que ha de transmitir, la Universidad no puede tampoco desinteresarse de otro deber: el de permitir y facilitar la inserción del saber en un contexto más amplio, fundamental, en una concepción plenamente humana de la existencia. De esa manera, el estudiante consciente evitará caer en la tentación de las ideologías, engañosas siempre por simplificadoras, y estará en condiciones de buscar a un nivel superior la verdad sobre sí mismo y sobre su misión en la sociedad” (n. 6). Tratándose de universitarios católicos, esta formación integral ha de realizarse a partir de la fe que se profesa: “A la formación científica de los estudiantes conviene pues añadir una profunda formación moral y cristiana, no considerada como algo que se añade desde fuera, sino como un aspecto con el que la institución académica resulte, por así decirlo, especificada y vivida. Se trata de promover y realizar en los profesores y en los estudiantes una síntesis cada vez más armónica entre fe y razón, entre fe y cultura, entre fe y vida”. (Discurso a los universitarios de México, 31 enero 1979, n. 2 b).

#### *Participación en la misión de la Iglesia en favor de la cultura*

La función de las Universidades Católicas no se agota en la investigación o búsqueda de la verdad y en la formación cientí-

fica e integral de las personas, pues ellas están llamadas igualmente a participar en la misión que la Iglesia realiza en favor de la cultura. Este aspecto, a diferencia de los anteriores, sí fue objeto de un tratamiento especial por parte del Papa, lo que confiere a las palabras de Juan Pablo II en Santiago de Chile un interés particular en esta materia.

Dentro de su “aportación específica a la Iglesia y a la sociedad”, que una Universidad Católica debe ofrecer, se incluye su esfuerzo en profundizar *“aquella visión moral y espiritual de la persona con la que el Concilio Vaticano II, particularmente en la Constitución Gaudium et spes, ha querido dar respuesta no sólo a las esperanzas, sino también a las angustias y a los problemas del hombre moderno”* (n. 8). Para ofrecer esta respuesta, que entraña un diálogo fecundo entre el orden revelado y las ciencias humanas, la Universidad —como el Papa lo recalca— debe ser fiel al Magisterio de la Iglesia, profundizar y divulgar los principios irrenunciables de la doctrina católica y adherir a las enseñanzas de la Iglesia en el campo social. *“Queda fuera de toda duda —precisa Juan Pablo II— que en su servicio a la cultura han de mantenerse claramente algunos principios: la identidad de la fe sin adulteraciones, la apertura generosa a cuantas fuentes exteriores de conocimiento puedan enriquecerla y el discernimiento crítico de esas fuentes conforme a aquella identidad”* (n. 8).

Inmediatamente después de afirmar estos principios el Santo Padre explicó su razón de ser. La cita es algo larga, pero una síntesis de las palabras del Papa podría, involuntariamente, deformarlas y, en todo caso, restarles elocuencia. Por ello las transcribimos en forma íntegra: *“Sin la identidad inamovible de la fe cristiana, los préstamos exteriores se convierten en fáciles y transitorios sincretismos que el tiempo disipa. Sin la necesaria apertura a esas otras fuentes —tan variadas y ricas en nuestra época—, el pensamiento cristiano se angosta y queda atrás. Y sin el indispensable discernimiento crítico, se producen síntesis aparentes y ruinosas que tanto dañan hoy mismo la conciencia de*

*los fieles. El Papa urge en forma especial a los creyentes a no caer en la tentación de recurrir a ideologías ateas, o transidas de materialismo teórico o práctico, o cautivas del principio de la inmanencia o inmanentismo, y, en general, incompatibles con la fe cristiana. Más aún, el solo pensar ideológico, en el sentido actual de esta expresión, ya lleva consigo simplificaciones o reducciones frente a las cuales la conciencia cristiana debe mantenerse en guardia, atenta a la diferencia que media entre la doctrina y la ideología”* (n. 8).

Digamos, únicamente, que son palabras dichas en Chile en un acto en que estaban presentes hombres del mundo de la cultura y constructores de la sociedad. No puede ser casual que el Papa las haya pronunciado en esta oportunidad. Su lectura debiera ser fuente de reflexión sincera y fiel a la fe y punto de partida en toda consideración que hagamos sobre la relación entre Iglesia y cultura.

## 5. A MODO DE CONCLUSION

Más que una síntesis final del discurso de Juan Pablo II se debe concluir con un recuerdo de las palabras con que urgía y alentaba a los hombres de cultura chilenos a cumplir su deber: *“Vuestra responsabilidad se proyecta sobre la Nación y sobre el pueblo chileno y es una responsabilidad moral que tenéis ante Dios y ante vuestros conciudadanos. Es éste un compromiso primario, que hoy la Iglesia os quiere recordar con afecto y para cuyo desempeño os ofrece su apoyo y su colaboración”* (n. 2). Ellas debieran acompañarnos siempre en nuestras tareas.